

Rosa Luxemburg y el bolchevismo **Karl Kautsky**

(Versión al castellano desde “[Rosa Luxemburg et le bolchevisme](#)”, en MIA-Section Française, que reproduce la traducción al francés de Bracke en *L'avenir* publicada por Librairie du Peuple, Bruselas, 1922)

I

Hace pocos años que reina en Rusia el partido de los bolcheviques. Pero la literatura al respecto, a favor y en contra, ha crecido gigantescamente. Es cierto que gran parte de esta literatura es mercancía rebajada: monótona repetición de los mismos argumentos.

Entre el pequeño número de trabajos que se elevan claramente por encima del nivel de esos pobres escritos a favor y contra el bolchevismo, uno de los más importantes es el folleto escrito por Rosa Luxemburg, durante su encarcelamiento en 1918, sobre la revolución rusa y que aquellos que se tienen por sus continuadores y herederos intelectuales justo ahora acaban de darlo a la publicidad. Ha aparecido bajo el título: *La revolución rusa. Examen crítico póstumo*, por Rosa Luxemburg. Publicado con una introducción de Paul Levi (Berlín, librería *Gesellschaft und Erziehung*, 1922, 120 páginas).

La originalidad de esta obra golpea ya por el hecho de que la mujer que es la autora se tiene por ardiente bolchevista, y porque lo que dice no le plantea a nadie tan grandes dificultades como a los bolcheviques y sus adherentes en el mundo entero. Cosa de la que el silencio de estos rinde testimonio sobradamente. Al menos mientras escribo esto, no he tenido conocimiento de ninguna discusión seria sobre la crítica de Rosa Luxemburg.

Y sin embargo, no sería justo que los mencheviques, o aquellos que, como nosotros, comparten sus puntos de vista en Europa occidental, tuviesen la pretensión de reclamarse de Rosa Luxemburg. Pues esta les ataca con el mayor vigor del mundo. Desde el principio de su argumentación indica la marcha de la revolución rusa y llega a esta conclusión:

“Para cualquier observador capaz de pensar, esta evolución de los acontecimientos constituye también un aprieta contundente en contra de la doctrinaria teoría que Kautsky comparte con el partido de los socialistas gubernamentales según la cual Rusia, en tanto que país económicamente atrasado y predominantemente agrícola, no está todavía madura para la dictadura del proletariado. Esta teoría que considera que en Rusia sólo es viable una revolución burguesa (de la que después se deriva la táctica de la coalición de los socialistas con el liberalismo burgués) es también la del ala oportunistas del movimiento obrero ruso, la de los llamados mencheviques bajo la acreditada dirección de Axelrod y Dan.”¹

No nos detendremos aquí en mostrar que esta aserción no es de hecho completamente exacta. Así, existen mencheviques, y muy considerados, que se oponían a la política de coalición. Por otra parte, jamás he negado que Rusia fuese de un género absolutamente particular, en lo tocante a que económicamente no puede todavía triunfar

¹ Rosa Luxemburg, “La revolución rusa”, en *Escritos Políticos*, Grijalbo, Barcelona, 1977, página 554.

sobre el capitalismo y que, sin embargo, quien está llamado a dirigirla es el proletariado.²

Hecha abstracción de inexactitudes de este tipo, es cierto que la oposición entre nosotros y los bolcheviques, incluyendo a la camarada Luxemburg, consiste en que ellos creen posible e indispensable utilizar la revolución en Rusia para la organización inmediata de un sistema de producción socialista, mientras que nosotros pensamos más bien que el proletariado debe sacar tantas concesiones y posiciones fuertes como le sea posible pero que Rusia, más que ningún otro país, no puede franquear de un salto las fases necesarias de la evolución y que, estando dado su estado atrasado desde el punto de vista económico, no puede pasar en conjunto desde el punto de vista económico al socialismo.

Hoy en día Lenin lo confiesa abiertamente. Lo que no impide, o puede ser la causa, que Lenin continúe persiguiendo con odio implacable a quienes tenían razón contra él. ¿La camarada Luxemburg habría revisado hoy en día su opinión de 1918? Naturalmente no podemos saberlo. Le sería difícil mantenerla ante las experiencias rusas de estos últimos años. No se ha rendido tributo ni a su memoria ni a su causa esperando tres años para publicar su obra. Muchas cosas que en 1918 le parecían todavía plausibles a mucha gente han quedado superadas hoy en día por los acontecimientos.

Ella hace la crítica de los bolcheviques no desde el punto de vista menchevista, sino desde el punto de vista bolchevista. Por ello mismo obtiene un efecto que ninguna otra crítica había obtenido hasta aquí: y es que los bolcheviques, a pesar de su línea de acero, se ven metidos en la situación embarazosa más mortal. Nosotros, teniendo por falso el punto de partida de su crítica, tampoco podemos en absoluto subscribirla. Y ello nos coloca en la posición paradójica de tener que defender a los bolcheviques contra más de una acusación de Rosa Luxemburg.

II

Rosa Luxemburg les reprocha a los bolcheviques no haber hecho sus deberes en la cuestión agraria. La misión de un gobierno socialista en la cuestión agraria es la nacionalización de la gran propiedad terrateniente, como punto de partida de una producción socialista en el campo, y la unión de la industria y la agricultura (páginas 17-18³), con lo cual Rosa Luxemburg entiende la reunión de la gran industria y la gran explotación agrícola y no, por ejemplo, la industria a domicilio de pequeños campesinos.

Reconoce que la realización inmediata de esas reivindicaciones no era posible. Pero Rosa Luxemburg piensa que un gobierno socialista, en cualquier caso, debería de haber tomado medidas que fuesen en el sentido de esta *reforma* socialista (página 18⁴) (La camarada Luxemburg emplea realmente la palabra “reforma” en las narices de todos los reformistas).

² He aquí esto que ya es más que una inexactitud: la camarada Luxemburg escribe en la página 5 (553 de la obra citada) que la revolución rusa “...la liberación de Rusia no ha sido obra de la guerra y de la derrota militar del zarismo, que no ha de atribuírsele al mérito de las “bayonetas alemanas empuñadas por alemanes”, como prometía la *Neue Zeit* bajo la dirección de Kautsky en un editorial”, y en la página 26 (574 obra citada) señala que “sin los “fusiles alemanes empuñados por alemanes” como escribió la *Neue Zeit* de Kautsky, ni los Lubinskys y los demás canallas, ni los demás canallas de Ucrania [...] habrían podido nunca con las masas proletarias socialistas de sus países”. [En la edición en francés no aparecen adjetivadas como ‘socialistas’ las “masas proletarias de sus países”. NdE]

³ *Ibid.* 566-567.

⁴ *Ibid.* 567.

“... la consigna lanzada por los bolcheviques de ocupación y reparto inmediato de la tierra por parte de los campesinos, había de actuar precisamente en un sentido opuesto.”(Página 18)⁵

¡Correcto! Pero esto no dice qué otra consigna hubiera sido posible. Es cierto que los bolcheviques, para resolver la cuestión agraria, no estaban obligados a escoger el método de la anarquía, ese que creó el caos, que les dio mucha ventaja a los grandes campesinos a costa de los pequeños y sin tierra y destruyó un precioso material agrícola. La cosa todavía fue peor más tarde, cuando los bolcheviques, para reparar su primera falta, añadieron la segunda, a saber: lanzar a los campesinos sin tierra contra los ricos, lo que añadió además a la ruina de la gran industria racional la ruina de los cultivos racionales, completada con las requisas de todos los excedentes agrícolas y el aborto de la industria nacionalizada.

Pero todo eso, o bien Rosa Luxemburg no lo vio en vida, o no lo juzgó importante. El hecho esencial a causa del que se escandaliza es que la propiedad individual campesina se haya consolidado y apegado más fuertemente a la tierra. Ninguna duda sobre que ello haya provocado un poderoso obstáculo para el progreso del socialismo en Rusia. Pero esta es una marcha de las cosas que es imposible impedir: si acaso, solamente podría haber sido hecho de forma más racional de como lo hicieron los bolcheviques. Prueba justamente que Rusia se encuentra esencialmente en el estadio de la revolución burguesa. Por ello la reforma agraria *burguesa* del bolchevismo le sobrevivirá mientras que sus medidas socialistas ya han sido reconocidas por él mismo como incapaces de durar y perjudiciales.

La camarada Luxemburg no tenía, pues, razón en este punto al respecto de los bolcheviques. Pero solamente porque los mencheviques tenían razón contra ellos.

III

Más severa todavía es la crítica ejercida por Rosa Luxemburg sobre la *política de las nacionalidades* de los bolcheviques. Al respecto dice:

“*Los bolcheviques se han agravado en gran medida las dificultades objetivas que presentaba la situación como consecuencia de una consigna que ellos han situado en el primer plano de su política: el denominado derecho de las naciones a la autodeterminación o lo que realmente se escondía tras esta fórmula: la desmembración estatal de Rusia. La fórmula del derecho de las diferentes nacionalidades del Imperio ruso a determina por su cuenta sus destinos “incluida la separación estatal de Rusia” proclamada una y otra vez con doctrinaria obstinación era un grito de guerra peculiar de Lenin y sus camaradas*”. (Página 21)⁶

Con una cáustica ironía, Rosa Luxemburg se une luego a esos mismos bolcheviques que, teniendo por otra parte el mayor de los desprecios hacia la democracia, se excitan por el derecho a la libre disposición de las naciones, lo que, a los ojos de la camarada Luxemburg, no es más que “una fraseología vacía de pequeño burgués y una mistificación”. Tiene razón por completo cuando muestra la llamativa contradicción que existe aquí en la política del bolchevismo; pero comete la misma contradicción en el sentido inverso cuando, ella que se pronuncia de la forma más resuelta a favor de la democracia, proclama que el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos es “una fraseología vacía de pequeño burgués y una mistificación”. La independencia de un pueblo frente a toda dominación extranjera forma parte de la democracia, constituye uno de sus elementos más esenciales.

⁵ Rosa Luxemburg, obra citada, páginas 566 -567.

⁶ *Ibid.* 568.

Esta era la opinión de Marx y Engels hablando de ello. Este último me escribía una carta el 8 de febrero de 1882 sobre cuestión polaca en la que, entre otras cosas, se dice:

“Uno de los verdaderos fines de la revolución de 1848 (y los fines verdaderos, no ilusorios, de una revolución siempre se realizan a consecuencia de esa revolución) era la constitución de las nacionalidades oprimidas y desagregadas de Europa central, en la medida en que entonces eran capaces de vivir y particularmente maduras para la independencia [...] Ahora bien, Para un gran pueblo es una imposibilidad histórica discutir incluso con alguna seriedad sobre no importa qué cuestión interna en tanto que le falta la independencia nacional [...] Un movimiento internacional del proletariado no es, en resumidas cuentas, posible más que entre naciones independientes.”

Una de las grandes debilidades políticas de Rosa Luxemburg era no ser accesible a este tipo de ideas.

La organización socialista particular de Polonia, a la que pertenecía ella junto a Jogiches, y a la que ella le dio su carácter, la *Democracia Socialista Polonesa*, tuvo el gran mérito de reconocer la necesidad del proletariado polaco de actuar, en tanto que subsistía el imperio ruso, en estrecha relación con el proletariado ruso, como lo hicieron, por otra parte, los caucasianos, los bálticos y los hombres de la Bund. La política del PPS (Partido Socialista Polonés) era muy errónea con seguridad. Pero Rosa Luxemburg y sus amigos exageraban una idea justa, cuando eran indiferentes a la independencia de Polonia y los pueblos limítrofes de Rusia en general, o cuando incluso, como muestran las citas de más arriba, eran refractarios como a “una fraseología vacía de pequeño burgués y una mistificación”.

El derecho a la libre disposición de las naciones no era una reivindicación específicamente bolchevista. Estaba en el programa de los zimmerwaldianos, entre los que se contaban tanto los mencheviques como a los bolcheviques, así como, por cierto, los espartaquistas, dirigidos por Rosa Luxemburg. El hecho que la realización de esa reivindicación ha sido un problema práctico de la revolución rusa solo es una prueba más de que esta revolución tenía fines análogos a la de 1848, apuntada por Engels en la carta que he citado, y, en consecuencia, era una revolución burguesa. Esto se debe a que su fin real (no ilusorio) no era el establecimiento inmediato del socialismo, sino la creación de sus condiciones, una de las más importantes siendo la democracia y la independencia de las naciones.

Por lo demás, la camarada Rosa Luxemburg exagera la importancia de lo que los bolcheviques han hecho por la independencia de los pueblos circunvecinos de Rusia. Esos pueblos solo se mantenían bajo la dependencia de Rusia por la fuerza del ejército. El hundimiento militar hizo en Rusia irresistibles los movimientos de independencia de cada una de las nacionalidades. Los bolcheviques no hicieron más que decir *sí* y *amén* a una cosa que se hubiese realizado sin ellos.

Cierto que hay una cosa que se les puede reprochar en este caso, igual que en el reparto de la tierra a los campesinos: su falta es que aquello que debía cumplirse en cualquier caso se cumplió de una forma de las más irracionales.

¡Libre disposición de las nacionalidades! Ello no quiere decir necesariamente que cada una de ellas constituirá un estado particular. Puede ocurrir que diversas de entre ellas se uniesen en una confederación de estados (*Staatenbund*) o incluso en un estado federativo (*Bundesstaat*). En los pueblos limítrofes de Rusia, que, la mayoría de ellos durante un siglo y algunos más tiempo incluso, habían formado con los territorios rusos una comunidad comercial, estaba indicado que continuasen dicha comunidad, lo que comporta para todos ellos grandes ventajas económicas. El derecho a la libre

disposición de las naciones no excluía la unión voluntaria de diversas nacionalidades en una federación de los Estados Unidos de Rusia.

Pero semejante unión entre naciones independientes no es posible hoy en día más que sobre la base de la democracia. La proclamación de la dictadura, la abolición de la democracia, la disolución de la Constituyente, han separado violentamente a Rusia de los estados limítrofes. No es el hecho de proclamar el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, es la violencia ejercida contra la democracia en la propia Rusia lo que ha hecho inevitable la dislocación de Rusia, que tal vez podía haber sido evitada.

Por lo demás, los bolcheviques no eran fanáticos de este derecho de las naciones. Por cierto que, hablando de eso, no existe principio en el que sean fanáticos. Solo lo son en las cuestiones tocantes a su *poder*. En el resto, son oportunistas absolutamente sin principios, al menos los que están en el poder.

Lo han demostrado una vez más en esta cuestión del derecho de las naciones a disponer de sí mismas. No era en absoluto una “obstinación doctrinaria” lo que llevaba al bolchevismo a hacer de esta “fórmula” un “grito de guerra particular”. La recibieron bien como medio de debilitar al gobierno de coalición de 1917 tanto tiempo como, de concierto con el estado mayor de los coroneles alemanes, combatieron a ese gobierno. Cuando ellos mismos fueron gobierno y su exaliado alemán se tornó en enemigo, este grito de guerra todavía pareció ser un medio apropiado para rebañarles la salsa a los conquistadores alemanes. Pero una vez que estos se hundieron, ya no había negocios políticos que hacer con el “grito de guerra particular”, y entonces se extinguió bruscamente la “obstinación doctrinaria” con la que los bolcheviques lo habían lanzado hasta entonces. Hay más: cuando los bolcheviques llegaron a disponer ellos mismos de un potente ejército, que les permitía hacer una política de conquistas, añadieron al repudio a la democracia en el interior el de la libre disposición de las nacionalidades, en la que, igual que Rosa Luxemburg, no vieron más que una “fraseología vacía de pequeño burgués y una mistificación”. Entonces sometieron al Turquestán, invadieron las repúblicas del Cáucaso, se adueñaron de Ucrania y también hubieran puesto fin a la independencia de Polonia si las armas polacas no hubiesen demostrado ser superiores.

La inconsecuencia que Rosa Luxemburg reprochaba en 1918 no persiste ya, pues, hoy en día. Su política actual ha devenido perfectamente consecuente. El terrorismo de la Checa en el interior tiene su baluarte complementario en el exterior en el sojuzgamiento de naciones extranjeras por el ejército rojo.

IV

Por cierto, este tipo de consecuencia lógica no sería del agrado de nuestra camarada Luxemburg pues ella ya condenó de la forma más expresa los inicios de la supresión de la democracia y su reemplazo por el terrorismo. Lo que dijo al respecto, en particular sobre la degradación del proletariado a causa de esta política, se contará entre lo más notable y penetrante entre lo que se ha escrito sobre el bolchevismo. Nadie que se ocupe del bolchevismo, sea a favor o en contra, puede pasar a otra cosa sin prestar atención a esas páginas. Forman la índole más importante del estudio del que hablo aquí. Pero no necesitamos citarlas largamente, la prensa cotidiana (exceptuando a la prensa comunista) ya ha hablado sobre ello en detalle.

Son particularmente edificantes para nosotros pues contienen el mejor respaldo a la actitud que hemos adoptado siempre ante el bolchevismo.

A pesar de ello, también sobre esta cuestión hay un desacuerdo entre Rosa Luxemburg y yo. Ella dice:

“El error fundamental de la teoría leninista-trotskista es, precisamente, que opone, exactamente igual que Kautsky, la dictadura a la democracia. “Dictadura o

democracia” reza el planteamiento tanto en los bolcheviques como en Kautsky. Éste opta naturalmente, por la democracia y precisamente por la democracia burguesa, ya que la sitúa como alternativa a la transformación socialista. Lenin-Trotsky optan, por el contrario, por la dictadura en oposición a la democracia y, consiguientemente, por la dictadura de un puñado de personas, es decir, por la dictadura según el modelo burgués.” (Página 42⁷)

Rosa Luxemburg olvida una cosa: la cuestión que tenemos que decidir en esto es la que está planteada por Lenin y Trotsky. No tenemos que decidir entre *su* dictadura y la democracia. Se trata de una decisión a tomar entre dos formas de gobierno completamente determinadas. Esta decisión solo puede resultar oscurecida por este pequeño epíteto “burgués”. ¿Qué se quiere decir cuando se le da a la democracia que yo reivindico la designación de “burguesa”? ¿Por qué el sufragio universal es cosa “burguesa” cuando soy yo el que lo reclama y deviene cosa proletaria cuando lo pide Rosa Luxemburg? Si se reemplaza el término general de democracia por la enumeración de todas las instituciones políticas que la constituyen, saltará a la vista inmediatamente que la adjunción de la palabra “burgués a cada una de ellas no tiene sentido.

Cuando, hasta aquí, distinguimos entre democracia burguesa y democracia proletaria, entendemos con ello a los dos *partidos* de composición diversa, jamás a dos *formas de estado* diferentes.

Cuando Rosa Luxemburg me reprocha la democracia burguesa no entiende por tal tampoco otras instituciones políticas que no sean las que ella reclama, sino una forma particular de *aplicarlas*.

“Ciertamente: ¡dictadura! Pero esta dictadura consiste en el modo de aplicación de la democracia, no en su supresión” (página 43⁸)

Pero contra esta especie de dictadura jamás me he pronunciado en ninguna parte. En mi libro sobre *La dictadura del proletariado*,⁹ distingo entre esta, como *estado de cosas*, y la dictadura como *forma de gobierno*. Solo me opongo a esta última. La única diferencia que hay entre la camarada Luxemburg y yo es que de esa misma organización de dictadura que yo llamo “forma de gobierno” ella hace un producto “según el modelo burgués” y, como tal, la distingue de la dictadura de clase. ¿Esta distinción gana en claridad respecto a la mía? Todavía hoy no estoy convencido, a pesar de las largas exégesis talmudistas que nos regala Paul Levi en su prefacio refiriéndose a Lenin.

Se podría creer pues que entre la ciudadana Luxemburg y yo solo habría, sobre este punto, una querrela de palabras. Pero en realidad ahí es donde aparece más claramente la oposición fundamental de la que he hablado al empezar.

Según yo, la democracia no hace siempre y en todas partes posibles la dominación política del proletariado y la realización del socialismo, sino solamente bajo determinadas condiciones. En la situación actual de Rusia las condiciones necesarias para una “revolución socialista” todavía no están dadas.

Esta concepción es la que lleva a Rosa Luxemburg a declarar: “Éste [Kautsky] opta naturalmente, por la democracia y precisamente por la democracia burguesa”.

¡Como si ahí hubiese alguna cosa a decidir, como si dependiese de mis decisiones que un país esté maduro para el socialismo o no!

Pienso que es cierto que, en las condiciones actuales de Rusia, la democracia no conduciría a lo que Rosa Luxemburg le pide a la dictadura del proletariado en la democracia:

⁷ *Ibid.* 589-590.

⁸ *Ibid.* 591.

⁹ Karl Kautsky, *La dictadura del proletariado*, Alejandría Proletaria, Valencia, 2018.

“Tiene el deber y la obligación de adoptar inmediatamente medidas socialistas del modo más enérgico, intransigente y desconsiderado”. (Página 42¹⁰)

Pero el hecho de que yo no la espere no es un argumento contra la democracia *ya que no existe otra constitución que permita, en las circunstancias dadas, la organización de un modo de producción socialista durable en Rusia.* Los bolcheviques han visto en la constitución soviética el medio mágico para hacerlo. Hoy en día ellos mismos han debido reconocer que, a pesar de esta constitución, el capitalismo se recupera. La dictadura sobre la base de los soviets no lo ha impedido: desplegando toda la fuerza del estado para obtener lo imposible, no ha hecho más que arruinar económicamente a Rusia entera, degradar y diezmar a su proletariado, de forma que hoy en día el capitalismo en Rusia encuentra ante él a un proletariado mucho menos capaz de luchar que el que había antes del 18 de brumario bolchevista y la supresión de la democracia.

Las leyes económicas siempre se restablecen, sea cual sea la organización del estado, absolutismo, democracia o constitución soviética. Toda tentativa de violar esas leyes, para substituir la clarividencia económica por únicamente la violencia y para establecer en este sentido la dictadura, sea sobre la base constitucional que sea, no puede cambiar en nada el resultado final determinado de antemano por las condiciones económicas. Solo puede ser una experiencia que acabe fracasando, tras haber costado enormes sacrificios. Desde el punto de vista marxista, nada puede ser más absurdo que buscar una constitución de estado que garantice la realización del socialismo independientemente de las condiciones económicas.

Pero, por otra parte, toda tentativa para traer un nuevo orden social al que le faltan las condiciones económicas debe llevar, necesariamente, a tal miseria de las masas populares y provocar talmente su oposición creciente, que la continuación de una experiencia semejante no es posible más que allí donde existen los medios para reducir a las masas al silencio mediante la fuerza. Sin violencia contra las masas, sin el terror, una experiencia como la del bolchevismo de los cuatro últimos años no podría proseguir de ninguna manera incluso ni transitoriamente.

Al entusiasmarse con la dictadura bolchevista, Rosa Luxemburg se deja llevar por una gran ilusión. Si el bolchevismo, inmediatamente tras su victoria, recurrió al terror y lo ha reforzado cada vez más, en ello no hay ni triste desprecio ni ceguera doctrinaria, sino necesidad de hierro. La dictadura bolchevista no es compatible con la democracia: solo puede mantenerse gracias a la más terrible y sangrienta de las coerciones.

El bolchevismo estaba condenado al fracaso por adelantado porque las circunstancias no estaban maduras. Su sistema socialista ya ha fracasado, su sistema político también ha fracasado. Los soviets ya no son más que “la hoja de parra del absolutismo”. Los bolcheviques están dispuestos a ceder todo aquello por lo que han luchado anteriormente y a lo que han dedicado su vida; se aferran convulsivamente a una sola cosa; al *terror*.

V

Puede uno sorprenderse porque Rosa Luxemburg, esta marxista de espíritu penetrante, no haya reconocido el fundamento económico insuficiente del bolchevismo, incluso que no se haya separado de él sino exagerando más sus ilusiones, en la creencia que él podría establecerse aún mejor por la vía democrática que no por la de la dictadura

¹⁰ *Ibid.* 590.

“según el modelo burgués”. Creo que su actitud no puede comprenderse más que partiendo del ambiente revolucionario en el que creció.

Todo gran pueblo tiene una tendencia a verse a sí mismo como la medida de la humanidad, a verse como el modelo. En el siglo XVIII, los franceses eran la gran nación de Europa: su aristocracia se consideraba como un modelo para la aristocracia del resto del mundo y, por otra parte, así lo era. Cuando la aristocracia fue derrocada por la revolución, los revolucionarios se consideraron como un modelo para el resto del mundo, y también lo fueron considerados, en una gran medida, por los otros revolucionarios de Europa.

Igual ocurrió en el siglo XIX con la nación alemana. Las grandes cosas que realizó en el dominio científico, económico y militar, llevaron a muchos alemanes a la ilusión grandiosa de que sería de Alemania de donde vendría la ascensión del mundo a una existencia superior: les parecía que la salvación del mundo saldría de la nación Alemana. Esta pretensión siempre fue menos generalmente admitida por los otros pueblos de lo que lo fue anteriormente la de los franceses.

Junto a estas dos grandes naciones, que ejercían una grandísima influencia sobre el continente europeo, se elevó una tercera, la nación rusa. Rusia le había preparado a Napoleón, que parecía invencible, su primera gran derrota aplastante, cierto que no lo hizo con su ejército sino con su invierno. Rusia parecía protegida como por encantamiento contra todas las corrientes revolucionarias que agitaban Europa, pero también contra el capitalismo y los males innumerables que comporta. También se creyó a menudo que la vocación de Rusia sería no solamente ser el árbitro de Europa y el hogar de su reacción, sino, además, dar ejemplo de condiciones materiales e intelectuales, teniendo la fuerza de la juventud, y que marcasen su superioridad sobre la Europa envejecida y en decadencia.

Los eslavófilos inventaron la consigna del “occidente podrido” y, hasta nuestros días, se mantuvo la glorificación de la Rusia retrógrada por sí misma, que ejerció grandes efectos incluso fuera de Rusia. Cuando León Tolstoi veía en el campesino ruso el ideal social para el mundo entero, no hacía más que reflejar esta manera de ver las cosas.

Como ocurrió en el caso de los franceses, los revolucionarios rusos recibieron de los reaccionarios esta creencia en la importancia ejemplar de su nación sobre las otras naciones. No todos, sin embargo. Al principio, las ideas revolucionarias llegaban del “occidente podrido” y aparecían como una lucha del occidente contra la barbarie rusa. Pero muy pronto, junto a esta concepción, y a menudo en estrecha amalgama con ella, se elevó otra. Las condiciones naturales de Rusia constituyeron demasiado largo tiempo un baluarte contra todos los progresos, un baluarte cuyo asedio por la propagación de ideas occidentales avanzaba demasiado lentamente para el gusto de la impaciencia de muchos revolucionarios. Estos buscaron en su propio país ideas populares a las que pudieran adherirse, a fin de desencadenar más rápidamente un movimiento popular, y creyeron encontrar esta idea revolucionaria específicamente rusa en el *mir*, en el comunismo de aldea.

Una vez descubierto era fácil hacer de la necesidad virtud y ver en este resto de los tiempos bárbaros una institución gracias a la cual Rusia ganaba a Occidente y se encontraba más acercada que él a la revolución socialista.

Cuando el marxismo del occidente podrido llegó a Rusia tuvo que combatir muy energicamente con esta ilusión y demostrar que la revolución social no podía surgir más que de un capitalismo superiormente desarrollado. La revolución hacia la que marchaba Rusia sería forzosamente primero una revolución burguesa siguiendo el modelo de la se había producido en occidente.

Pero a la larga esta concepción les pareció verdaderamente a los elementos marxistas impacientes demasiado restrictiva y paralizante. Sobre todo a partir de 1905, de la primera revolución en la que el proletariado ruso había combatido tan victoriosamente llenando de entusiasmo al proletariado de toda Europa.

Entre los marxistas rusos más radicales se formó desde entonces una matización particular de marxismo. La parte de la doctrina que hace depender al socialismo de las condiciones económicas, del alto desarrollo del capitalismo industrial, fue palideciendo cada vez más a sus ojos. Por el contrario, la teoría de la luchas de clases se revistió de colores más fuertes cada vez. Siempre fue considerada más intensamente como la única lucha por el poder político por todos los medios, separada de su base material. En esta manera de concebir las cosas se llegó, finalmente, a ver en el proletariado ruso un ser extraordinario, el modelo de todo el proletariado del mundo. Y los proletarios de otros países comenzaron a creerlo y a saludar en el proletariado ruso al guía del conjunto del proletariado internacional en marcha hacia el socialismo.

No es difícil de entenderlo. Occidente tenía tras de sí a las revoluciones burguesas y ante él a las revoluciones proletarias. Pero estas le exigían al proletariado una fuerza que todavía no tenía en ninguna parte. Así es como en occidente nos encontramos en un estadio intermedio entre dos épocas revolucionarias, lo que en esos países sometía a la paciencia de los elementos avanzados a una dura prueba.

Rusia, por el contrario, estaba tan retrasada que todavía tenía ante ella la revolución burguesa, la caída del absolutismo. Esta necesidad no exigía un proletariado tan fuerte como lo hacía la conquista de la dominación exclusiva por la clase obrera de occidente. La revolución rusa se produjo, pues, más pronto que la de occidente. Era esencialmente una revolución burguesa, pero en los primeros tiempos eso no pudo saltar a la vista por el hecho que las clases burguesas son hoy en día mucho más débiles todavía de lo que lo eran en Francia a fines del siglo XVIII. Si no se tenía en cuenta el fundamento económico, y solamente se consideraba la lucha de clases y la fuerza relativa del proletariado, durante un tiempo podía parecer realmente que el proletariado ruso era superior al proletariado de Europa occidental y que estaba destinado a servirle de guía.

VI

Rosa Luxemburg creció en esta apreciación exagerada del proletariado ruso. Esta apreciación llena todavía la obra de la que hablo.

Por ello combate la consigna del derecho de las naciones a disponer de sí mismas, porque principalmente paralizaba al proletariado en los estados de la periferia *separándolos de Rusia* y en esos países lo entregaba a la burguesía nacional. Seguramente, era una necesidad para los proletarios de todas las naciones de Rusia, mientras estuviesen reunidas bajo un cuerpo de estado único, combatir contra el poder del estado. Pero cosa completamente diferente es decir que los estados fronterizos deberían mantenerse perpetuamente unidos a Rusia, porque su proletariado recibe su fuerza exclusivamente del proletariado ruso y porque, separado de él, se ve paralizado y pierde su independencia frente a su propia burguesía. Según Rosa Luxemburg, el proletariado de Finlandia, de los estados bálticos, de Polonia, Ucrania y el Cáucaso, perdió su fuerza y devino mayoritariamente un instrumento de la contrarrevolución desde el momento en que, para emplear la expresión de Engels, ¡ya no fue “dirigido a la rusa”!

Rosa Luxemburg ofrece otra vez pruebas de esta tendencia a poner al proletariado ruso por encima de los proletariados de otros países con la aserción, a menudo reiterada, de que los proletarios de Rusia habrían hecho completamente sus

deberes, pero no los de los otros países, que tenían como misión completar la revolución rusa mediante la revolución mundial y conducirla a la victoria. En la página 7¹¹, por ejemplo, dice:

“La trayectoria de la guerra y de la revolución rusa lo que han mostrado no es la inmadurez de Rusia, sino la inmadurez del proletariado alemán para el cumplimiento de sus tareas históricas”.

¿Qué entiende aquí la camarada Luxemburg por “misión histórica”? Por ello se puede entender el objetivo final de la lucha de clases proletaria, la instauración de un orden social, o que sean abolidas las distinciones de clase y el proletariado quede así contento y liberado.

Nadie pretenderá que estén dadas más pronto en Rusia que en Alemania las condiciones para el cumplimiento de esta tarea histórica, que el proletariado ruso, por su importancia económica para el mundo, por su importancia numérica, por su organización, por su educación, sea superior al proletariado alemán. Tampoco esta es, sin duda alguna, la aserción de Rosa Luxemburg. Por “misión histórica” no hay evidentemente que entender nuestros objetivos finales, sino los fines que los bolcheviques, en la guerra y en Rusia, les proponían a los proletarios del mundo. Esos fines eran una revolución violenta inmediata en todos los estados capitalistas. En ello se supone que se demuestra la gran superioridad del proletariado ruso frente al proletariado alemán. Los rusos han cumplido su misión, los alemanes no lo han hecho.

Aquí tenemos que recordar lo que dijo Engels en la frase citada más arriba sobre los fines de la revolución. Distingue entre los que son verdaderos y los que son ilusorios, y observa que: “Los fines *verdaderos*, y no ilusorios, de una revolución siempre se realizan a consecuencia de esta revolución”.

Esto suena un tanto teleológico místico, pero este carácter desaparece por poco que se le dé la vuelta a la frase: los fines que una revolución cumple son sus fines verdaderos. Los que esa revolución no puede realizar demuestran ser ilusorios. Gracias al marxismo, con su análisis de la sociedad, estamos en condiciones de no tener que esperar ya a la finalización de una revolución antes de saber distinguir sus fines verdaderos de sus fines ilusorios: nuestro estudio de las condiciones existentes en un momento determinado nos permite, desde el inicio de una revolución, distinguir en gran medida entre sus fines verdaderos, producto de las *condiciones dadas* y sus fines ilusorios, que tienen su fuente en las *necesidades*, materiales e ideales, de los revolucionarios. Cuanto más al fondo de este trabajo de separación de los fines verdaderos y los ilusorios llegamos nosotros, marxistas, más libramos a la revolución de decepciones y derrotas que retrasen el progreso de nuestra causa durante décadas.

En ello consiste la principal tarea de los pensadores marxistas en Rusia, y no en plantearle a las masas que se lancen adelante con la mayor prisa, sin tener en cuenta nada, aguijoneando las ilusiones nacidas en ellas de sus necesidades. Puede ocurrir que un partido devenga el más fuerte en la revolución propagando ilusiones, pero la llevará al fracaso.

Cuando en una revolución los revolucionarios constatan que el proletariado de un país ha demostrado no estar maduro para cumplir los fines históricos que estos le proponen, es simplemente otra forma de decir que los revolucionarios se han equivocado sobremanera sobre las condiciones en que se encontraba ese país, o incluso que las han ignorado completamente. La falta de la que uno se indigna después como de una “carencia” del proletariado es culpa, en realidad, no del proletariado, sino de esos revolucionarios.

¹¹ *Ibid.* 555.

Lo que a la camarada Luxemburg, y también a los bolcheviques, les parece una “inmadurez” del proletariado alemán, y también inglés, norteamericano, en breve del proletariado de occidente, frente a la madurez del proletariado ruso, se apoya simplemente en el hecho que las condiciones de occidente están desarrolladas en un más alto grado que las de Rusia, que los proletarios de occidente han superado desde hace mucho tiempo el estadio económico de Rusia, que tienen unos métodos de lucha y objetivos muy diferentes a los de Rusia, y muy superiores, y que entablan sus batallas bajo condiciones completamente diferentes. Esto es lo que hace que no puedan adoptar simplemente los métodos rusos y que no puedan todos ellos hacer coincidir la hora de las luchas decisiva por el poder político que se les ofrecen con la hora de la revolución rusa. Es cosa evidente para cualquiera que conozca un poco las condiciones existentes en occidente. Es preciso no tener ninguna comprensión profunda de las circunstancias para llegar a la idea de la revolución mundial que supuestamente debía surgir de Rusia. Si esta revolución mundial no ha acudido a la cita, ello no prueba la inmadurez de los proletarios de occidente, en comparación con la madurez superior de los rusos, sino la inmadurez de los partidarios de la idea de la revolución mundial.

VII

Este reproche no está dirigido al proletariado ruso, sino a sus jefes. El proletariado ruso no ha fallado, ha cumplido su “misión histórica”, la verdadera misión de la revolución rusa, en toda su plenitud. Si la revolución termina ahora con el hundimiento económico completo de Rusia, esto no es culpa del proletariado ruso: es culpa de aquellos de entre sus jefes que lo han inflamado para fines ilusorios para los que las condiciones no estaban dadas de ninguna manera, y que lo han engañado sobre la evidente insuficiencia de las condiciones previas de una “socialización integral inmediata” prometiéndole “la revolución mundial inevitable”. Entre las ilusiones que el bolchevismo ha producido y propagado, y que han llevado al proletariado ruso a verter su sangre por fines imposibles, la más fatal de todas ha sido sin duda alguna la revolución mundial.

No puedo en absoluto decir como la camarada Luxemburg cuando expresa así su opinión al respecto:

“El hecho de que los bolcheviques basasen toda su política en la revolución mundial del proletariado constituye precisamente la más esplendorosa expresión de su clarividencia política y de la firmeza de sus principios, de la audacia de su política.” (Página 7¹²)

Esto podía parecer tal todavía en el verano de 1918, cuando la revolución alemana aún estaba por llegar y el resultado de todas las sacudidas que siguieron a la guerra todavía no dejaba ver tan claramente la diferencia entre los fines verdaderos y los fines ilusorios de los movimientos del momento. Así, hoy en día, el folleto de nuestra camarada Luxemburg adquiere un significado completamente diferente al que hubiese tenido hace tres años, inmediatamente después de su composición. Se puede dudar de que hubiese hecho personalmente volver sobre sí mismos a los bolcheviques. Estos hombres de violencia no tienen oídos para los razonamientos. Cuando un método les aporta ventajas momentáneas, se atienen a él a pesar de todas las críticas, incluso de aquellas que les vienen de los amigos benevolentes y considerados, y lo mantienen con un lamentable fanatismo hasta que les lleva a la debacle completa. Ciertamente que entonces cambian de método inmediatamente; pero ese cambio, no debiéndose a una comprensión, sino solamente a la imposibilidad de continuar con el método anterior, ese

¹² *Ibid.* 555.

nuevo cambio solo es de ordinario el reverso del antiguo y no una mejora. Así, se hunden cada vez más en el barrizal. Su “capitalismo de estado” actual es económicamente tan erróneo como era su “socialismo”, primero anarquista, después burocrático, con trabajo forzado.

Pero en occidente, hace tres años, la obra de Rosa Luxemburg hubiese podido ejercer todavía una influencia sobre los medios comunistas y hacer que el comunismo se mantuviese fuera de Rusia al abrigo de sus mayores locuras, que enturbiase y emponzoñase menos la vida política del proletariado de lo que lo ha hecho el comunismo moscovita llevado a occidente por los Radek y Zinóviev. Hoy en día parece demasiado tarde para todo ello. Todo el mal que el comunismo podía hacer, ya está hecho. Revista de ahora en adelante las formas más insensatas o se esfuerce en civilizarse un poco, ha devenido ya muy indiferente: ha perdido toda fuerza vital.

Lo que queda hoy en día como elemento eficaz del folleto de Rosa Luxemburg no es su tentativa de darle al bolchevismo una organización racional, y menos aún la exaltación de sus inmortales “méritos” históricos, que la experiencia ya ha sacado a la luz suficientemente y que reciben la luz más cruel a causa de que, por años a partir de estos, millones de hombres están condenados en Rusia a morir de hambre, porque la política destructiva de los bolcheviques ha aniquilado hasta tal punto las fuerzas productivas del país que apenas puede alimentar a la mitad de la población que tenía y que el excedente de esa población debe, más o menos lentamente, perecer de hambre según los caprichos del clima.

Lo que queda de eficaz en el estudio de Rosa Luxemburg es únicamente su apasionada e impresionante defensa de la democracia. Por ello, la obra de la admiradora entusiasta de los bolcheviques se convierte en una requisitoria contra ellos. Por este motivo vivirá en la literatura del partido.

He ahí el resultado que ha obtenido Paul Levi por haber esperado tres años para publicar el folleto para no molestar al bolchevismo.



germinal_1917@yahoo.es